

LECTURAS

El gran despoticador

Goethe se muere, de Thomas Bernhard, y lo mal que pasa el tiempo para algunos intocables



FRANCISCO GARCÍA PÉREZ

No sé si están estos tiempos de espantosos best sellers y derrumbe total del «autor» para desmitificar creadores o, al menos, para comprobar y dar fe de lo mal que pasa el tiempo por algunos intocables literarios. Aun así, hay que arriesgarse, con la salvedad de que será, sin duda, que también pasa mal el tiempo para uno como lector. El caso es, por ejemplo, que teclear el nombre del austriaco Thomas Bernhard (1931-1989, nacido en los Países Bajos) y que acudan a la cabeza todos los adjetivos ponderativos con que año tras año lo hemos tenido en tanto es todo uno. Bernhard, el gran iconoclasta, aquel que todo criticaba, aquel cuya prosa de martillo pilón todo machacaba, el gran polemista altivo, el que con todo arremataba. Un grande, el grande entre los grandes de Centroeuropa. Pues bien, tras la lectura atenta y con lápiz a mano para anotar en los márgenes, ninguno de los cuatro relatos que se juntan, por primera vez en libro, bajo el título del primero de ellos me ha provocado otra cosa que ese sentimiento de tedio y cansancio que acomete a quien se ve obligado a escuchar las batallitas grunonas del viejo cascarrabias de turno. Ni aunque el segundo de ellos se titule «Montaigne» (tan querido) o el último evoque mucho bajo el subtítulo de «Relato de viaje para un amigo de otro tiempo». Es más, la valoración conjunta de la lectura del volumen es la misma que la señalada: una insistencia abrumadora y pelmazosa sobre lo mismo, enumerando y repitiendo la enumeración. De modo que ya oigo tronar a los defensores de los inmutables intocables contra un servidor. Tal vez, insisto, envejezco mal como lector.

Clama Bernhard contra vida y familia: «En el desayuno yo aparecía ya siempre como un ser totalmente cansado de la vida, incluso totalmente destruido, me sentaba a la mesa como la vergüenza de la familia. Y ellos me daban a entender también enseguida y en todo caso que era la vergüenza de la familia, para qué me pusieron un nombre, pensaba con mucha frecuencia, cuando habrían podido llamarme enseguida sólo desde el principio mismo la vergüenza de la familia, que al fin y al cabo fui siempre y que seguí siendo siempre». Contra los padres: «Los padres hacen hijos y procuran por todos los medios aniquilarlos (...). Los padres se permiten el lujo de tener hijos y los matan (...). Nuestros padres nos echaban las culpas de todas las culpas, ésa es la verdad». Contra la iglesia de Roma: «La Iglesia católica es la envenenadora del mundo, la destructora del mundo, la aniquiladora del mundo, ésa es la verdad». Contra el propio oficio: «Cualquier línea me parece ya desde hace mucho un completo absurdo». Sí, ya sé que no hay que confundir narrador y autor, ya lo sé. Pero bien conozco la voz de Bernhard y sé que es él quien despoticador, quien «habla sin consideración ni reparo, generalmente criticando a los demás». Todo es un desastre: Austria, los austriacos, la gente, la escritura, el aire, la vida... El gran despoticador que tan necesario acaso fuera en su momento, no lo sé.

¿Quiero, pues, decir que voto por la literatura fácil? Muy al contrario, nada hay que más me aburra que la literatura fácil. Sin embargo, no puedo evitar leer hoy lo que Bernhard escribió hace treinta años y sentir ganas de darle un calmante y dejarle que se duerma hasta la protesta inevitable y segura con que se despertará para tronar sus males con ese su estilo que afirma y no muestra, con esa variante del «esto es así porque lo digo yo». Y punto.

El maestro dicta una lección

Don DeLillo selecciona su narrativa breve en El ángel Esmeralda



RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

El ángel Esmeralda compendia nueve relatos escritos por Don DeLillo entre 1979 y 2011. Es un libro singular, porque no constituyendo la obra completa en el terreno del relato del escritor neoyorquino nace con esa vocación. El propio DeLillo ha sido quien ha decidido que estos relatos conformen lo que quedará para la posteridad como el conjunto de su narrativa breve. Es una decisión incómoda para los autores de tesis, pero soberana desde el punto de vista autoral. Ninguna voz más preclara para fijar una obra que la de quien la pergeña.

El ángel Esmeralda significa un resumen impecable de su trayectoria como narrador, que arranca en 1971 con Americana y, por el momento, concluye en 2010 con Punto omega, la obra de un gigante de la literatura, colosal no sólo por lo que ha venido contando a lo largo de cuarenta años, sino por el modo en que lo ha hecho. Reducir una obra tan ineludible a unos pocos denominadores comunes acaso sea un dislate, pero entiendo que los tres grandes temas que articulan la escritura de DeLillo resuenan en El ángel Esmeralda: la tecnología (entendida no como amenaza, sino como evidencia, suerte de logos privilegiado del sujeto posindustrial), la muerte (asumida como «ruído de fondo» perpetuo que articula nuestra existencia) y la pasión por nombrar (elaborada como asunto último de la literatura y empeño fracasado, pero al tiempo heroico del narrador).

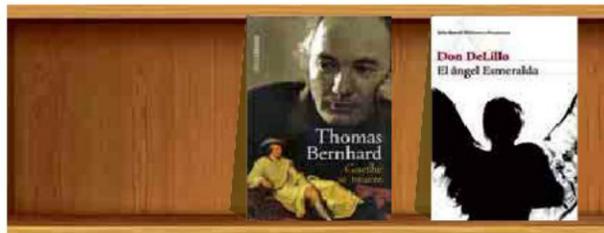
Aunque todos los relatos son notables, dos de ellos destilan lo mejor del arte de DeLillo y resumen la vocación del escritor. Son dos textos de un riesgo, una sa-

Goethe se muere

THOMAS BERNHARD
Alianza Editorial, 2012
119 páginas

El ángel Esmeralda

DON DELILLO
Seix Barral, 2012

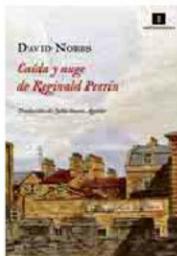


La brújula. POR EUGENIO FUENTES

Cómo sobrevivir a la mediocridad muriendo

Cuando se publicó, en 1975, Caída y auge de Reginald Perrin no se llamaba así. Era, más crudamente, La muerte de Reginald Perrin. Pero el éxito alcanzado en Inglaterra por la serie televisiva basada en esta novela —quintaesencia de la mejor ironía británica— propició el cambio de nombre y provocó incluso que «hacerse un Reggie Perrin» pasase a ser el modo coloquial de hablar de un suicidio fingido.

Reginald Iolanthe Perrin (RIP, claro) es un inglés medio de la década de 1970, cuando el sueño del crecimiento se resquebraja, pero el país aún no avizoraba el thatcherismo. RIP es un mediocre, o sea, un cuarentón sumido en la rutina familiar, en un rutinario barrio suburbano, con un trabajo rutinario. Así que decide salir de escena e iniciar otra vida. David Nobbs (1935), que también se encargó de los guiones televisivos, desnudó ese mundo, lo pasó por el cedazo de la sonrisa perpetua e hizo felices a miles de lectores. Impedimenta lo recupera para que la felicidad también tenga acento español.



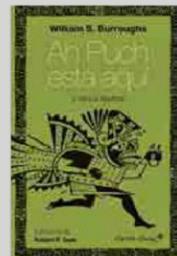
Caída y auge de Reginald Perrin

DAVID NOBBS
Traducción de Julia Osuna
Aguilar
Impedimenta
362 páginas, 22,75 euros

Viajar en el tiempo en el cerebro de Burroughs

En el principio fueron los códices mayas dando vueltas en la cabeza del venerable Burroughs. El padre de Yonqui o El almuerzo desnudo interpretó los textos precolombinos como libros de difuntos con indicaciones para viajar en el tiempo y decidió, en unión del dibujante Malcolm McNeil, que eran una preciosa materia prima para hacer lo que por entonces aún no se llamaba novela gráfica. El proyecto era caro y no encontró maduro el mercado editorial de los años setenta.

Casi medio siglo después, Capitán Swing rescata aquellos textos de Burroughs: las iluminaciones de un millonario que descubre en los mayas la fórmula de la inmortalidad alternan con mutantes venidos del pasado para destruir la esencia judeocristiana. Por si fuera poca tan demencial lucidez, el volumen se completa con otras dos piezas: La revolución electrónica, sobre la videovigilancia, y el libro de las respiraciones (con tres oes, sí), una exhalación sobre la palabra y la escritura, reforzada por ilustraciones de Robert F. Gale.



Ah Puch está aquí y otros textos

WILLIAM S. BURROUGHS
Ilustraciones de ROBERT F. GALE
Traducción de Lluïsa Moreno
Capitán Swing
184 páginas, 18,50 euros